

COLOMBIA. EXPRESIONES PARA LA PAZ Y LA RECONCILIACIÓN

Relatos y tapices para sanar las heridas de la guerra

ESCRIBIR, TEJER, EXPRESIONES NARRATIVAS PARA ALIVIAR TERRIBLES SITUACIONES DE CONFLICTO Y LOGRAR UN MAYOR EQUILIBRIO SOCIAL



Redacción Aularia

Grupo Comunicar
info@aularia.org

La sección Plataformas, en ocasiones, no es una sección original de Aularia. Intenta poner a sus lectores en la pista de actividades interesantes ya publicadas generalmente en la RED, por organizaciones con años de experiencia. Aularia busca aquellas que pueden ser interesantes, al mismo tiempo que ofrece a los verdaderos autores la posibilidad de publicar en Aularia.

Redes:

<http://www.nodalcultura.am/2017/01/sanar-relatando/>

En Sumapaz, una fría localidad ubicada al sur de Bogotá, en Colombia, 22 mujeres hicieron un curso de literatura con el fin de sanar las heridas que les habían dejado la guerra, el hambre y las incertidumbres.

Los vestigios del conflicto armado han dejado heridas que parecen incurables. Sin embargo, Rosa Valbuena, campesina del páramo de Sumapaz ha recuperado su espíritu mediante la escritura. Escribir, dice, ha sido un respiro para el alma. «Los cuerpos de las sumapaceñas han sido violentados por los grupos insurgentes y el machismo. Pocas veces hablamos del tema por temor o por falta de tiempo. Por eso hubo llanto cuando empezamos a escribir las historias que nos han marcado, pero también sentimos alivio».

En otro lugar de Colombia, a dos horas de Carta-

gena, el arte se convirtió en su medio para narrar, hacer catarsis y perdonar. Rafael Posso hizo cuatro dibujos en los que cuenta cómo mataron a sus familiares y cómo sacó los cuerpos a lomo de mula para sepultarlos. Su trabajo artístico le permitió unir esfuerzos con Tejedoras de Mampuján, un grupo de mujeres reconocidas por resguardar la memoria del conflicto zurciendo colchas que narran las masacres, el desplazamiento y el secuestro de los que fueron víctimas las comunidades afrocolombianas de la región, de los Montes de María.

Literatura y curación

Una ONG, Taller de Talleres, es la organización que capacitó a las campesinas de Sumapaz mediante la literatura, que les hizo darse cuenta de la forma en que

lo escrito y la lectura servía para liberar las experiencias negativas que habían sufrido. Luz María Botero, responsable de la ONG afirma que «Cuando las conocí, la mayoría eran tímidas y les faltaba seguridad. Con el tiempo se fueron empoderando. Los ejercicios que hicimos sobre el árbol de la vida para que se autorreconocieran y les fuera más sencillo narrar sus vivencias, las ayudaron a sentirse más seguras de sí mismas».

En el libro que han publicado cuentan cómo el conflicto armado les arrebató a sus hijos y familias, y las luchas que han librado para proteger el páramo, considerado el más grande del mundo.

Algunas sólo han cursado primaria y unas pocas bachillerato. Sus tradiciones están arraigadas en la oralidad. No fue fácil pasar las palabras al papel, pero lograron contar de forma sencilla los saberes y dolores que llevan auestas las campesinas.

Antes de tomar contacto con La ONG, casi todas las mujeres estaban alejadas de la lectura y la escritura. A muchas les temblaban las manos y la voz cuando debían leer en público. En la primera parte del libro, el protagonismo se lo llevan sus tradiciones para cuidar de los recién nacidos, tips que, dicen, han hecho de sus hijos hombres sanos y fuertes. «Los padres soban las piernas de los niños con sus manos sucias llenas de tierra de labranza para que caminen con fuerza (...) El azabache es una manilla que protege de malas energías a los bebés. Tiene las figuras de un puño, un cacho y un santo. Lo usan en el pie o en la muñeca derecha hasta que se les cae», dice el fragmento de un relato.

Durante un mes las campesinas recibieron clases de literatura, narración creativa, ficción y cuento. Todos los domingos se reunían en el salón comunal de la vereda San Juan o en la casa de alguna estudiante, entre las 10:00 de la mañana y las 4:00 de la tarde. De los ejercicios realizados surgió la idea de hacer el libro.

Narrar lo que han vivido les ha hecho conscientes de su fuerza, pues han demostrado a los hombres y a



Tela sobre tela, el caso de Mampuján

Extraído y resumido de «Los tejidos de las mujeres de Mampuján: prácticas estético-artísticas de memoria situada en el marco del conflicto armado colombiano», de John Gregory Belalcazar Valencia y Nelson Molina Valencia, profesores de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Dentro de ese marco de prácticas a las que apelaron, cobraron importancia «las incursiones armadas» en poblados, prácticas que tuvieron como base lógicas de control total: la instalación del miedo, el desplazamiento forzado, la desaparición de líderes, las masacres en algunas ocasiones. Dentro del amplio registro de hechos acontecidos en ese orden, se destacan aquí tanto los hechos de violencia sucedidos como las dinámicas de acción comunitaria, devenidos a partir de la incursión armada por parte de un grupo de hombres pertenecientes al bloque paramilitar Héroes de los Montes de María, miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). El día 10 de marzo de 2000 ingresaron de forma autoritaria y violenta al corregimiento de Mampuján, una pequeña comunidad campesina de afrocolombianos, la cual hace parte del municipio de María la Baja, dentro de la región de los Montes de María, al norte del departamento de Bolívar.

Durante la incursión obligaron a sus pobladores a reunirse en la pla-





za del pueblo. La orden era exterminarlos, sin embargo, la instrucción cambió, como resultado las 245 familias que integraban Mampuján fueron sometidas a un desplazamiento forzado, seguido de su hacinamiento en la cabecera municipal, lo cual dejó al pueblo abandonado para luego convertirse en un “pueblo fantasma” (Premio Nacional de Paz, 2015).

Ante ese hecho, a partir de 2002 se inició un trabajo de intervención psicosocial en esta comunidad, así nace *Asvidas* y *Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz*, dos iniciativas que van de la mano y se complementan.

A partir de esto, vendrá la iniciativa de reconstrucción de memoria histórica como forma de movilización social comunitaria que actuará en el marco de la exigibilidad de los derechos y la visibilización de lo sucedido. En ese marco, mediante los telares cosidos en «tela sobre tela» (quilt), los cuales van a constituir un recurso narrativo estético y artístico terapéutico para la elaboración del duelo, se genera la posibilidad de recuperación del tejido social roto por los hechos victimizantes a los que fueron sometidas este grupo de mujeres y toda su comunidad

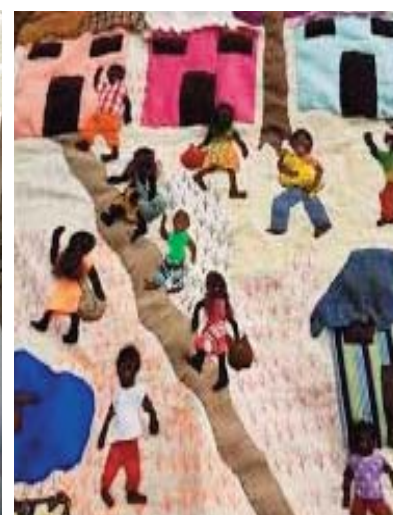
sí mismas que pueden lograr lo que se propongan. «A veces ellos creen que sólo nos reunimos pa echar chisme y eso no es así. Nosotras hemos frenado a punta de resistencia las intenciones del Estado y de multinacionales como *Emgesa* de construir una planta hidroeléctrica para apoderarse del agua del río Sumapaz. Esa lucha la contamos en el libro con la intención de que todos la conozcan y se den cuenta de que los campesinos no permitiremos que dañen las fuentes hídricas», señala Balbina Peñaloza, una de las campesinas.

A los relatos sobre medioambiente se suman las experiencias de guerra. Historias cruentas que narran cómo a las mujeres les ha tocado parir hijos para el conflicto desde los 70, cuando las FARC se asentaron en la región y habilitaron un corredor para movilizar secuestrados desde la vía Villavicencio-Bogotá hasta San Juan de Sumapaz, y de ahí a otros territorios. La mayoría asegura que la escritura las liberó de cargas tan pesadas como ver morir a sus familiares o ser tildadas de guerrilleras por oponerse a que el Ejército convirtiera sus casas en trincheras.

«Se escuchaba todo el día el sonido de los fusiles, metralletas y bombas. Quisimos escapar pero solamente pasaban camiones llenos de vacas, y no había espacio para nosotros. Nos tocó devolvernos. Pasamos toda la noche con los niños metidos en una cueva, en el monte. Cuando salimos se habían llevado hasta el tinto».

Balbina Peñaloza cuenta: «Tengo 27 años y me he criado en la guerra. Aquí vivimos la infamia de los falsos positivos. Nos mataron amigos, primos, novios... bajo el argumento mentiroso de que eran guerrilleros. Esa injusticia nos ha hecho sentir rencor hacia el Estado. A veces me pregunto cómo no sentirlo si desde chinos hemos tenido que lidiar con prejuicios y balas que alcanzan vidas inocentes».

Los primeros relatos eran desconsoladores, pero con el tiempo se transformaron en historias divertidas que conjugaban la descripción de hechos reales



con ficción. Los que se refieren a episodios bélicos mantienen su esencia, pero también hay relatos de terror, amor, maternidad y medicina naturista.

Publicar el libro, además, puede ser un impulso que dé pie para cambiar la realidad educativa de Sumapaz, donde 55 de cada 100 pobladores no se reconocen como lectores, de acuerdo con el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc). Allí no existen bibliotecas públicas, librerías ni canales de distribución de libros.

Las tejedoras de Mampuján

Rafael Posso, tras los terribles sucesos con innumerables víctimas de la guerra en los Montes de María, decidió seguir trabajando por la paz. El asesinato de su padre y dos hermanos en la vereda Las Brisas, municipio de San Juan Nepomuceno (Bolívar) en marzo del 2000, le enseñó que las pesadas y dolorosas cadenas de violencia solo se pueden romper con una firme decisión de paz.

«Cuando recién pasaron los hechos pensé en matar a los que asesinaron a mi familia. Reconocí a algunos de los verdugos porque eran los mismos muchachos nacidos en la zona. Me dieron ganas de empuñar un arma». Un día, cuando su hijo cumplió los ocho años le dijo «ojalá tuviera frente a mí a los que mataron a mi abuelito y mis tíos para matarlos a pu-

ños». Rafael Posso se dio cuenta de que le estaba irradiando ese odio por más de que había intentado aislarlo de los hechos.

Decidió empezar un proceso de reconciliación. Juntos crearon una exposición de 11 tejidos, cuatro dibujos y una fotografía que narran la historia de la violencia que les tocó vivir.

Con esa exposición itinerante han contado en más de 23 escenarios cómo un grupo de 200 paramilitares del Bloque Héroes de los Montes de María, liderado por «Juancho Dique» y «Diego Vecino», cometió 56 masacres y ocasionó miles de desplazados en los departamentos de Bolívar y Sucre, en la costa del Caribe colombiano.

Con el arte como punto de apoyo, Rafael llegó a las mesas de reconciliación que se dieron en el 2010 con el firme propósito de perdonar a los agresores. «Los escuché y les conté todo lo que significaron para mí esas muertes. Al final logramos reconciliarnos y me tomé una foto con los victimarios. Recuerdo que en el evento había muchos medios y todos se lanzaron a registrar el momento. Yo los detuve porque esa foto era solo para mi hijo, para que él supiera que se puede conversar para no matarnos», cuenta Rafael con ojos vidriosos mientras explica su obra.

Tanto para él como para las Tejedoras de Mampuján pasar del dolor y la rabia al perdón fue difícil. El



proceso empezó cuando Teresa Geiser, una predicadora estadounidense de la Iglesia Menonita, llegó a la zona a enseñarle a las mujeres a coser cubrelechos. Pero las mujeres se aburrían de las figuritas geométricas de tela rosada y le pidieron a Teresa que les enseñara a coser algo que representara su realidad. Así se convirtieron en las Tejedoras de Mampuján.

Por medio de estas telas no solo narraron sus tragedias, que datan desde la década de los 80, cuando las Farc controlaban la zona; también indagaron en el pasado de las comunidades afro en Colombia y cuestionaron los estereotipos de género a los que habían estado sujetas históricamente. Empezaron a explorar escenarios de participación política y cultural, y a buscar puestos de liderazgo dentro de su comunidad. Hicieron varios talleres de costura impartidos por instituciones como la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), y algunas Ong.

En 2008, durante un encuentro de víctimas en Sucre, Sincelejo, se encontraron con Juan Manuel Echavarría, creador de la Fundación Puntos de Encuentro, que apoya proyectos culturales en diferentes partes de Colombia. “Allí vi el tapiz titulado Desplazamiento y escuché por primera vez el nombre de Mampuján. Me di cuenta del poder que tienen esas telas. Las artes permiten ver el horror a través de una mirada indirecta y esta mirada indirecta es la que no nos pe-

trifica del miedo. Así podemos reflexionar sobre el horror, analizarlo y sentirlo”, dice Echavarría. Ellas aceptaron la propuesta de tejer otros 11 tapices y la fundación invirtió \$6 millones para que pudieran tener un espacio de creación y los materiales necesarios.

Con ese apoyo hicieron una serie de entrevistas en la región para conocer cuáles eran los casos de violencia en las diferentes veredas y municipios. Recopilaron la información y en una misma tela narraron los desmembramientos del corregimiento del Salado, en Carmen de Bolívar; la violencia contra las mujeres de la vereda Las Brisas, en San Juan Nepomuceno; y el despojo de tierras en Mampuján, en María La Baja. No olvidaron retratar la participación del Ejército y otros agentes estatales en las matanzas.

Las mujeres y sus telas han estado en más de 23 escenarios exponiendo su arte. Han estado en bibliotecas, galerías y universidades de Bogotá, Cartagena, Medellín, Bordeus (Francia) y Ginebra (Suiza). Se convirtieron en guardianas de la memoria de la guerra en los Montes de María. Por ello La Asociación para la Vida Digna y Solidaria (Asvidas), y su iniciativa Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz de Mampuján, recibieron el Premio Nacional de Paz 2015.

Las tejedoras y Rafael Posso participan en la Red Colombiana de Lugares de Memoria para que otras comunidades que también vivieron tragedias puedan



reconciliarse. «Este proceso que hicimos nosotros no es fácil, el perdón no se obliga. Somos un testimonio de una comunidad que fue masacrada, que fue torturada, pero perdonó», explica Rafael.

Gledis López, una de las tejedoras, explica que para la Red Colombiana de Lugares de Memoria es más fácil ayudar a otras víctimas porque a lo largo de su proceso desarrollaron estrategias para lidiar con el dolor y los problemas. Eso, explica, es vital porque «cuando tienes un problema y lo guardas siempre vas a tener este problema. Pero cuando lo admites, lo cuentas y lo procesas llega un día en que te das cuenta que ya no te duele, ya sanaste esa herida».

Proceso de reparación

Aunque las Tejedoras avanzaron en su proceso de reconciliación, la reparación no ha sido igual de ágil. Después de la entrada en vigencia de la Ley de Justicia y Paz, en 2005, la Corte Suprema ordenó una restitución a favor de las víctimas de Las Brisas y Mampuján, que implica no solamente una formalización de los títulos de tierras, sino también un acompañamiento de las instituciones del Estado para que los sobrevivientes tengan proyectos productivos con que sostenerse.

La sentencia fue la primera de este tipo en el país

y se dictó a mediados de 2010 y se ratificó en abril de 2011. Con ese mandato, se buscaba solucionar la situación los 1357 sobrevivientes de los hechos. El liquidado Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder) tituló 93 parcelas a igual número de familias en enero 2014, pero para los campesinos esto no es suficiente para recuperar lo perdido.

Además, la Corte ordenó algunas acciones de reparación colectiva: reemplazar la escuela, construir una iglesia, redes de acueducto y alcantarillado y pavimentar las calles que unen las veredas de Mampuján y Las Brisas. Pero el proceso se dilató por años mientras se consultaba con la comunidad, censaban a la población y se desembolsaban los recursos para la reparación.

Finalmente, a comienzos de mayo de este año, la Unidad para las Víctimas anunció que más del 90% de las medidas de reparación fueron implementadas con la participación de las víctimas en todo el proceso de ejecución. Esto lo constatan los sobrevivientes como Gledis López, quien dice con orgullo que no solo logró salir adelante después de una experimentar la guerra en carne propia, sino que ahora esta lista para ayudar a otros a vivir con la tranquilidad de haber perdonado.

